

Contestación á "La Epoca"

En *La Epoca* del 28 de setiembre, en la sección «Revista de la Prensa», lanza las agudas y mal intencionadas flechas de su carcaj sobre HOJA OBRERA; ahora veamos la razón que le acompaña y el fundamento de sus ataques para desbaratar nuestra labor.

Este periódico ciertamente lo llevamos dos jóvenes, «sin el fundamento científico del caso», lo malo es que nuestro colega no dice nada nuevo con esto, porque nosotros repetidas veces lo hemos dicho en nuestras columnas; jamás blasonamos de dotes que no poseemos; pobres obreros como somos, no pudimos dar á nuestros cerebros el alimento intelectual necesario para figurar en el rol de las lumbreras; ¿se nos puede enrostrar esto como baldón?; ¿es culpa que por nuestra pobreza no nos instruyéramos?; sólo el revistero de *La Epoca* puede encontrar esto como falta grave. «Mucho incienso al obrero»; retamos á *La Epoca* para que reproduzca el incienso que ella dice; en esto falta á la verdad, más bien tenemos enemigos por nuestra ruda franqueza; «nada de enseñanza á aquellos (los ricos) y á estos (los obreros) sobre sus deberes». Por lo visto el cronista no lee HOJA OBRERA. ¿No habrá visto ese señor la sección titulada PÁGINA OBRERA?; ¿no ha visto artículos contra el lujo, contra la embriaguez, y contra todo degeneramiento obrero?; despiértese hombre, despiértese... ó es mala fé.

«De vez en cuando algún mono que quiere sacar castañas por mano ajena escribe un artículo flamante para calentar á los obreros y ganar prestigio»; rechazamos el cargo «sacar castañas con mano ajena»; no se nos puede señalar de servir de parapeto para ambiciones malsanas ni rayamos en el punto de inconciencia á que nos lleva el cronista; todos los artículos vienen firmados y tenemos suficiente capacidad para responder de nuestros actos; en cuanto á «lograr prestigio» eso lo puede conseguir cualquier hombre bien intencionado... inclusive el señor revistero; aquí hay tribuna libre, sin la mordaza hipócrita de añejas creencias y sin el libertinaje que corrompe.

Los ataques que *La Epoca* hace al obrero señor Ramón Alvarado son tan vulgares y gratuitos que los pasamos por alto.

Respecto á lo que dice de Proudhon, se trasluce sin dificultad que no lo ha leído, eso por una parte, y por otra, plumas más autorizadas por sus conocimientos sociológicos han levantado un pedestal de gloria á este hombre y creemos sinceramente que no es el revistero de *La Epoca* quien venga á quitarle el alto concepto ya formado en pueblos más avanzados que el nuestro, tales como los pueblos europeos.

Terminamos diciendo á *La Epoca* que pierde su tiempo lastimosamente al tratar de interceptar nuestra labor; que ya nuestras ideas son conocidas porque este humilde vocero de la clase trabajadora va á cumplir un año y tiene sus lectores fijos; que seguirá siendo—pésele á *La Epoca*—el defensor de los descamisados que anhelan justicia; sus campañas las hace abiertamente sin convencionalismos sociales que nos amordacen y sin fanatismos que nos obsequen.

Si en nuestras columnas no hay la ciencia que pide el revistero de *La Epoca*, en cambio hay sinceridad y franqueza. No queremos ocultar al pueblo la verdad de las cosas y jamás inculcaremos añejas ideas que ya la razón y el convencimiento en la vida práctica hechan al canasto del olvido.

Esta es nuestra bandera.

CAMPO DE DICECCIÓN

Los crímenes y la Prensa

Con motivo de discutirse actualmente por la Prensa, la publicación de crímenes, y por haber disparidad de ideas al respecto, en todos los periódicos, nosotros también echamos nuestro cuarto á espadas, opinando que con la publicación de crímenes por la prensa, se hace escuela de corrupción en la niñez. Ya este órgano de publicidad hace como ocho meses, desaprobó este inmoral medio de que se valen algunos periódicos para hacer negocio, en unos artículos titulados «LA PRENSA EN COSTA RICA». Reproducimos el artículo que va á continuación, por estar este periódico de acuerdo con las ideas allí expuestas. Dice así:

Cada vez que se comete un crimen, la sociedad es hondamente conmovida así como los sacudimientos de la Tierra estremecen los edificios desde sus cimientos. Sin embargo, esta conmoción no procede propiamente del crimen sino de la Prensa.

Muchas veces, acontecimientos pasarían casi inadvertidos por el público, si no fuera por los repórters que, corriendo aquí, indagando allá, forman, del hecho delictuoso, bagaje para el público y entradas para la caja del periódico. No atacaríamos este proceder de la Prensa si sus miras fueran edificantes; pero no: sucede todo lo contrario.

En vez de difundir ciencia y verdad en su derredor, lo que procura con su sed insaciable de noticias sensacionales es satisfacer la curiosidad malsana de sus lectores y duplicar su edición.

Los fanatismos que rayan en atrofia cerebral; las pasiones que agostan vidas y los vicios que hunden al hombre,

son materia prima bastante explotable para una Prensa bien intencionada.

Es justo que quienes sostienen la Prensa, que son las masas, obtengan por ello resultado práctico.

La Prensa está llamada á sacar del oscurantismo á los que en él vegetan.

El carril en que va montado nuestro «Cusrto Poder», en vez de llevarnos al puerto de salvación, nos llevará al campo ruinoso donde la malaria invade el ambiente intelectual, si no se le pone coto.

Vamos á demostrar, más ó menos, lo pernicioso de la Prensa que explota los hechos criminosos.

Nadie ignora que todo ser humano tiene sus vanidades—aunque no hay razón para que esto sea así—que á cada paso pone de relieve.

En algunas personas la vanidad está tan arraigada como el espíritu de conservación; fútil sería decir que para es-

tas personas, á veces, su misma vanidad les resulta fatal.

De aquí deducimos: que el hombre bueno y correcto siente placer cuando se le atribuyen estas bellas cualidades; el hombre malo y perverso siente orgullo y se ufana de que se le tenga por tal.

Cada uno en su esfera.

Siendo así la humanidad (esto no quiere decir que no nos equivoquemos), es natural que la Prensa al festinar un acontecimiento delictuoso—como lo hace—provoque la vanidad de otros criminales que si no han accionado es porque estaban aletargados en su mutismo y la *Prensa Amarilla* no les recordaba que estaban predestinados á ser los protagonistas de una tragedia.

Digase si no; al publicar los grabados de los delincuentes, al llenar las planas dando cuenta del espeluznante crimen, al reportear al infeliz que cayó en desgracia, ¿no despiertan ya la curiosidad ó ya la envidia de los que, teniendo sentimientos perversos, ansían llegar á la celebridad de cualquier modo? ¿Qué no hace sino halagar al criminal que está bajo llaves, y azuzar al que está en libertad?

Con los inocentes es el reverso de la medalla.

Sin tener noticias, sin tener conciencia de la gravedad del asunto; por escasos datos y simples rumores, muchas veces—estamos hartos de verlo—la *Prensa Amarilla*, guiada por la ardorosa fiebre de complacer cerebros huecos, públicos enfermos, gentes inconscientes; emprende la ingrata tarea de exhibir un hombre que después, con las gestiones de la justicia—o lo que así llamamos—y con el esclarecimiento de la causa, resulta inocente... Pero ¡ya es tardel, porque la *Prensa Amarilla*, con rumores, datos que resultan falsos, y más que todo, con grabados, mata moralmente al inocente que cayó en la red de la justicia y en los engranajes trituradores de los periódicos que explotan la curiosidad pública.

También nos lastima la parcialidad de dicha *Prensa Amarilla*. Si el culpable es rico, si ocupa una posición social alta, puede tener la seguridad de que abriendo la billetera, consigue silencio y hasta defensa en caso dado.

Pero si es pobre y de humilde condición, puede contarse—inocente ó no—cargando el anatema del crimen que con anterioridad le lanza esa *Prensa*.

Detestamos este desnivel de los platillos de la balanza, pues la *Prensa*, por la posición que ocupa,—guiadora de la opinión pública—no debe inclinarse premeditadamente, hacia ningún lado.

También es pernicioso la *Prensa* que explota el crimen, porque con publicaciones imprudentes, torcidas ó veladas, lleva por oscuros senderos la sanción pública; esto sin contar que, por las mismas razones, puede nublar la sumaria desviándola del buen camino que llevara.

Mezclada de lleno la *Prensa* en asuntos criminales, intercepta la labor del juez.

Otras veces pone á salvo al reo con un alerta anticipado.

Apenas se desliza el periódico—ave del pensamiento—por el quicio de la puerta, se puede notar á la persona que lo recoge, de aquel hogar, llamándolo á los demás de la familia para que escuchan y se enteren de las noticias que trae.

Agrupados todos, estrujados todos, comienza la lectura.

Los niños de la casa están pendientes de lo que se lee; por sus vicionarios ojos desfila un tropel de macabros personajes; sus escasas facultades mentales les hace forjar locas fantasías; escuchan á lo lejos el grito doloroso de la víctima, y la fatal sentencia del victimario.

Por fin, aburridos, se alejan llevando la impresión del crimen que han oído leer.

Como los delitos se cometen á menudo, los niños, tanto escuchan estas narraciones, que llegan á encontrarlas como cosa muy natural que ocurren en la vida y terminan por encogerse de hombros.

Así se va minando en el niño el sentimiento de fraternidad que debe unir á todos; y las virtudes que tiene, si no se marchitan del todo, se enfrían.

Esto es un grave cargo de conciencia para los padres de familia que no calculan, en su sencillez, el gran daño que causan á sus hijos.

Leer á los niños las relaciones de los crímenes, es abrirles la puerta del presidio para lo futuro.

¡La *Prensa Amarilla* es la escuela del crimen!

No se pueden, ciertamente, apreciar los males que acarrea una desatentada publicación teñida de sangre; pero basta con los enumerados.

Queremos ver en la *Prensa*, no a pregonero que grita la subasta de sus baratijas impresas en letras de molde y que, como comerciante, no lleva derrotero en sus ideas; tampoco al antro, cuyas sombras luctuosas todo lo envuelven, todo lo amorfinan. *Prensa* en esta forma, no la queremos, no, mil veces no.

En cambio, queremos una *Prensa* que con la luminaria en la mano, inunde con las haces de su luz vivificante, tanto la humilde covacha que se esconde en el suburbio, como á la rica mansión que cual mole de granito se levanta altanera y magestuosa en los barrios ricos.

Queremos una *Prensa* que, como Goete, diga: «Luz, más luz»; pero que no solamente lo diga, si no que lleve á cabo tan elevado pensamiento.

Queremos una *Prensa* que, de acuerdo con su misión, trabaje por los seres que sufren, y les indique los senderos para salir de su lamentable condición.

Queremos una *Prensa* vigorosa que «primero quiebre, pero no se doble», como decía el *Gran Americano* y, por último, queremos una *Prensa* que no olvide que hay injusticias que atacar y males que corregir.

Trabajar por el bien de todos y para todos, esto pide, esto exige el siglo XX, el siglo de las reivindicaciones.

OCTAVIO MONTERO

(Del *Magazin Costarricense*)

CAMPO AGRICOLA

Señales percusores

A las puertas del porvenir

Con profunda complacencia hemos leído en «La Gaceta» que nuestro proyecto de «Colonia Agrícola» ha sido propuesto á la Cámara para su discusión en las actuales sesiones extraordinarias. No dudamos un momento que el Presidente de la República atendiera nuestras justas esperanzas y así lo escribimos en el número de este bisemanario correspondiente al mes anterior. Por tal motivo nos apresuramos á rendir muy sinceras gracias al Presidente Jiménez, quien dicho sea de paso, nos prueba que ha visto con ojo de lince, la muy buena parte con que esta clase de ideas contribuyen á resolver el triste problema del *postramiento* del país. Porque triste y muy triste es á la verdad descubrir por doquiera que se tiende la vista las agitaciones de la miseria con su cortejo de harapos y de enfermedades, con la falange de los que buscan trabajo y no lo encuentran y por otro lado—como una burla sangrienta—el reducido grupo de